

CONFERENCIA: LA EVOLUCIÓN DE LA LENGUA

1

En primer lugar, quisiera agradecerles el coraje y la valentía que demuestran asistiendo a esta conferencia. Como ustedes podrán advertir por los gallos de mi voz tomo hoy la alternativa en el *ars bene dicendi*. O dicho sin latines: oratoria. Aunque no espero salir con las dos orejas, tampoco corneado en brazos de la cuadrilla. Y bien, tras el pórtico de estas frases retóricas debo confesarles mi desagrado. Éste malestar procede de que yo, aquí y ahora, estoy pervirtiendo la esencia misma del lenguaje. Hablar, como dicen los italianos sobre la amistad, consiste en “una canastilla que viene y otra canastilla que va”. Yo hablo, tú escuchas; tú hablas, yo escucho”. Heme aquí, en este preciso momento, con el monopolio de la comunicación. Ustedes solamente pueden reaccionar a mis palabras con un crujido de las sillas, un crujido que parece querer decir: “Vaya aburrimiento me espera”. O bien unas miradas perdidas que nos señalan: “debería haber ido al corte inglés”. Pues bien, deseo fervientemente que ustedes no se aburran mucho ni lamenten no haber ido al corte inglés.

El tema de esta conferencia es “La evolución de la lengua”.

Las lenguas, como el rostro de las personas, cambian. ¿Han visto ustedes una fotografía suya de recién nacidos? Sin duda no se reconocen en ella. Hubo un momento en que la evolución del latín clásico hizo nacer las lenguas romances. San Agustín, aunque todavía usa latín, afirma que prefería disgustar a los gramáticos a no ser comprendido por el pueblo. Ya no se entendía bien la lengua de los Cicerones, Virgilio y Horacio. Era “otra” lengua, similar, pero no la misma. En España, en el siglo X, unos monjes se vieron obligados a añadir unas glosas al margen de un texto latino para hacerlo comprensible. Estas glosas, escritas en el monasterio de san Millán de la Cogolla y en el monasterio de Silos, son el primer vagido de nuestra lengua. Claro está, el nacimiento de una lengua no tiene un certificado de bautismo. Ya en el siglo XIII, otro monje, Gonzalo de Berceo, nos dirá que habla en “roman paladino, que es la lengua con la que el pueblo habla a su vecino”. O sea, el romance claro – paladino – y distinto a la lengua de la clerecía, los letrados. Veamos ahora un caso curioso de la incomprensión del latín y que ha dado origen a un error ya imposible de desarraigar. Me van a permitir contarles un testimonio personal: mi sobrina pequeña, al preguntarle dónde estaba, respondía: “estoy aquí, conmí”. Dejando aparte que todos estamos con nosotros mismos- Unamuno decía que él era el hombre más cercano que tenía – mi sobrina estaba más en lo cierto que nosotros al querer corregirla. Antaño en los pueblos aragoneses también se decía “conmí”. Pues bien, en latín “vobiscum” es “con vosotros” y “mecum” es “conmigo”. La evolución de “mecum” fue “mego” y, al perderse el sentido de la conjunción “cum” se volvió a añadir. Se duplicó. En realidad decimos: “conmicon” en lugar de decir correctamente “conmí”. ¿No es gracioso ese bofetón a los puristas del idioma?

Las lenguas cambian. Ahora bien, ¿por qué cambian las lenguas? Sería una perogrullada afirmar que todas las lenguas cambian porque siguen el paso de todas las cosas del mundo y las cuales se mueven siempre sin reposo. “Todo lo mudará la edad ligera/por no hacer mudanza en su costumbre”, escribe Garcilaso con una paradoja poética. A esa causa, evidente por sí misma, debemos indagar otras causas más profundas. Unas son causas internas, otras causas son externas. Las primeras derivan de la fonética, las segundas de la historia. Comencemos analizando las primeras. Advierto de antemano que las causas internas son más áridas al pertenecer en mayor medida al oficio de lingüista. Pero tranquilícense, pues después de la cuesta vendrá la bajada.

Tenemos la imitación inexacta de los sonidos. Entre la audición y la reproducción siempre hay un margen. Cuando un extranjero, cuya lengua no posee la /j/, intenta decirla, su pronunciación es notoriamente incorrecta. Sin embargo, algo así sucede al enseñar los adultos a los niños su lengua nativa. Claro está, en el primer caso es visible inmediatamente mientras que en el segundo la variación solamente es perceptible a través del paso de varios siglos. No vemos crecer las montañas. Cada generación es una nueva hornada en la historia. Los jóvenes, como los adultos, suelen pasar más tiempo junto a sus coetáneos. De ahí que cada generación sea portadora de un infinitesimal cambio en la pronunciación. Tomen esta teoría *cum grano salis*, un pellizco de escepticismo. Yo no la he visto escrita en libro alguno y, careciendo de podio académico, queda ella dicha en secreto a ustedes.

Ahora bien, lo que sí puede afirmarse es que las variaciones de los sonidos – no voy a entrar en la distinción técnica entre fonética y fonología – provocan la reordenación del sistema fonológico. La /p/ es distinta de la /b/ porque existe la oposición entre “pata” y “bata”. Cada fonema es él mismo porque no es ninguno de los demás. Pero sucede que algunos fonemas quedan marginados, aislados del conjunto. No se oponen, o lo hacen poco, a ningún otro fonema. Éstos robinsones de la lengua son huecos, casillas vacías. Y el sistema fonológico, sabiamente, no permite el despilfarro. O sea, se rige por el principio de economía. Ese hueco tiende a ser llenado por algún fonema

cercano. Y esto provoca una nueva ordenación del sistema. El entrenador de fútbol, que sustituye a un jugador, debe cambiar la estrategia en el partido. Hace falta un reajuste que no es estático – un mero cambio de posición de piezas iguales – sino dinámico. La transformación del sistema crea otros nuevos fonemas, desconocidos en latín, como la ce de cerilla, la ch de chispa y la j de paja, que a despecho de las opiniones anteriores a Menéndez Pidal, no es de origen árabe (no existe en otros romances) sino fruto de la evolución interna del castellano.

4.

A esos cambios internos dentro del lenguaje se añade la influencia del sustrato. Quienes hablan valenciano son llevados a pronunciar el castellano con hábitos articulatorios propios de su lengua materna. Ahora bien, el valenciano sigue vivo mientras que la lengua hablada por los iberos desapareció. El sustrato consiste en que una lengua actúa de una manera subterránea sobre otra lengua sobrepuesta. Pero esto se realiza también en el largo plazo. La presencia del sustrato vasco explica que la f inicial latina, que no existe en otros romances, desaparezca. Decimos “hija”, no “filla”. El castellano nace en la zona geográfica del vascuence y se ve influenciado por éste.

Hagamos ahora una excursión. En el lenguaje coloquial se llama “guiris” a los extranjeros. Los carlistas vascos no podían pronunciar “cristino” y lo convertían en “guiri”. Así pues, los “guiris” o extranjeros son los constitucionalistas contrarios a los fueros. Ironías de la historia. Después de esta excursión etimológica volvamos a la incursión abordando los cambios externos de la lengua.

Como dice Dante a la salida del infierno: “*e quindi uscimmo riveder le stelle*”. “Salimos a volver a ver las estrellas”. Espero que sientan alivio al salir de las profundidades del idioma. La mayor parte de las personas, salvo los especialistas, consideran que la lengua son palabras. No les interesa, ni tiene por qué hacerlo, los fonemas, morfemas, sintagmas, etc. Estas cosas son para los anatomistas que diseccionan un idioma.

Las lenguas se componen de unos miles de vocablos, la mayoría dentro del diccionario y algunos en la boca de los hablantes esperando su turno para entrar cuando la Academia les de el permiso. En español el fondo lo constituye las palabras de origen latino. Si alguna no encuentra antecedente se la tiene como prerromana. Así la palabra “perro” que, según parece, se debería al ruido *pr* de los pastores que llaman al ganado. Tomen esta explicación como un acto de fe. Doctores tiene la Filología sagrada. Después del caudal latino la mayor participación es de origen árabe, digamos un diez por ciento de vocablos aproximadamente. Ustedes, como valencianos, ya recordarán topónimos como Benidorm, Benicasim, Benicalap, Benimamet, donde “Beni” significa “hijo de” y cumple la misma función que “ez” en Pérez, Rodríguez, Martínez, etc. En Aragón existen pueblos como Calamocha, Calaceite, Calatayud, en los cuales “cala” significa “castillo”. También existen dobles, como el árabe “aceituna” y el latino “oliva”. Sin entrar en estadísticas, y por razones históricas evidentes, una palabra -oliva- predomina en el norte y la otra -aceituna - en el sur. No vamos a extendernos más. Dejemos aquí a los fieles de Mahoma para proseguir nuestro viaje a vuelapluma.

Siguiendo el corte longitudinal de la historia, mientras las voces arábigas quedaban confinadas en la península ibérica -culpa de Carlos Martel – las palabras germánicas se extienden por el viejo imperio romano. No son muchas. Así tenemos “guerra”, acompañada del latín “bélico”. O nombres como Ricardo, Guillermo, etc. Vocablos como el catalán “blau” o el francés “bleu”

contrastan con el español “azul”, procedente del persa para designar la piedra de ese color llamada “lapislázuli”.

El renacimiento, época de máximo esplendor cultural, nos deja palabras italianas como “artesano”, “asalto”, “atacar”, “balcón”, etc. Una vez más, cualquiera puede por su cuenta alargar la lista sin nada más que acudir a esa enciclopedia – mitad magnífica, mitad remediavagos – llamada wikipedia.

En el siglo XVII domina la cultura francesa, es el siglo de las luces. Tantos son los galicismos incorporados al español, tanto por escritores como por lechuguinos, que los puristas del lenguaje castizo alzan barricadas ante dicho aluvión de voces venidas allende los Pirineos. Aunque algunas palabras muestran su origen forastero (la t de chalet o carnet tiende a desaparecer) otras como “filete”, “garaje” o “masacre” están plenamente naturalizadas. Ya en los tiempos actuales es el inglés la lengua que más voces introduce en nuestra lengua. Muchas, conservando su sonido y ortografía originarias, provienen de la tecnología actual o de los deportes. A veces el castellano ha sabido resistir el empuje de los anglicismos recurriendo a la cosecha propia. En lugar de decir “basketbol” decimos “baloncesto” (“balompié no se impuso a fútbol); o bien “week end” se sustituye por “fin de semana”. Actualmente escuchamos decir a los papanatas “fake news” para expresar el mismo sentido que “bulo, noticia falsa”.

Los préstamos han existido siempre en la historia y son el resultado del comercio entre los hombres. Los europeos no conocíamos el “chocolate” y junto a la materia tomamos también el nombre. Las palabras son turistas que atraviesan las fronteras, se naturalizan y se injertan en otras lenguas. En ocasiones una palabra regresa a su tierra de origen y solamente podrían ser reconocidas por el perro del astuto Ulises. El inglés “lunch” o almuerzo, parece derivar – no todos están de acuerdo – del castellano “lonja” o “loncha”.

6.

Además del corte longitudinal o diacrónico, podemos realizar un corte transversal o sincrónico. Dinamismo a través de la historia o corte estático en un periodo concreto de ella. En esta misma sala están reunidas unas cuantas personas. Todos somos contemporáneos, pero no todos somos coetáneos. Cada generación se solapa con la anterior y con la posterior. Unos vienen, otros van. Shakespeare establecía siete edades de la vida. Nosotros vamos a reducirla a tres: una ascendente que se prepara a mandar, otra que ejerce el mando efectivo y otra última que se retira ya vencida. El joven es inexperto y el viejo demasiado experto, incapaz de adaptarse a los nuevos tiempos. Pues bien, cada generación tiene un lenguaje propio. Si a un jubilado se le dice que pague con “bizum” o bien que tal persona es “binaria” no sabrá de qué se habla. Ahora bien, el joven tampoco entenderá si el viejo le dice que llevaba a su hermana de “carabina”. O sea, como esas “carabinas” o escopetas llevadas a la espalda y cuyo sentido metafórico es evitar que los tortolitos pretendan hacer lo que quieren los tortolitos y la moral desaconseja. Yo les pediría a ustedes, los mayores, que rememoren sus palabras olvidadas, los peinados “Arriba España”, los “ultramarinos”, las “casas de tolerancia”, etc. Es un trabajo de arqueología lingüística muy necesario.

Cada generación histórica aporta al mundo sus nuevas palabras. Pero la historia se desenvuelve en la geografía y la distancia no solamente es el olvido sino también la ruptura. Entre la América española y España existen hoy unos lazos que no tenía Roma con sus provincias después de las invasiones germánicas. Demos gracias a los escritores, periodistas, académicos y también a los cantantes y actores y actrices de los culebrones. Claro está que la unidad no es uniformidad. Me van a permitir un nuevo recuerdo personal. Estando en Venezuela me vi obligado a que mi esposa me tradujese la conversación entre dos pescadores. Si yo les digo ahora: “cachicamo llama a morrocoy conchúo” se quedarán a tres o cuatro velas. Esa frase enigmática se traduce así: “el armadillo le dice a la tortuga de tierra que tiene caparazón”. O sea, “dice la sartén al mango” o “qué me vas a decir tú si eres igual que yo”.

Unidad, no uniformidad. Ésta es la desagradable sorpresa que recibe un español – escribe el venezolano Ángel Rosenblat - cuando, cansado de que no le entiendan en Estados Unidos, se marcha a los Estados Desunidos de América. Primera etapa: Méjico, no México (la x con la que algunos lo escriben siempre se pronunció como j). Nuestro turista debe elegir como desayuno entre bolillos, teleras, virotos y conijillos. Cuando sale a la calle toma un camión (el autobús, la guagua de Cuba). A veces llama a un ruletero o taxista y otras le dan un aventoncito o empujoncito, o sea, lo llevan amistosamente a una parte, como en dar la colita en Veneezuela y un pon en Puerto Rico. Caminando por la calle lee un letrero que dice: “Ricas botanas todos los días” (las botanas son nuestras tapas, los pasapalos en Venezuela). O bien lee este cartel enigmático: “prohibido a los materialistas estacionar en lo absoluto”. Es decir, a los conductores de camiones con materiales se les prohíbe absolutamente estacionar. Más tarde nuestro turista viaja a Caracas y Bogotá antes de ir a Buenos Aires. Allí sorprende la siguiente conversación entre dos jóvenes estudiantes:

-Che, ¿sabes que me bochó en franchute el cusifai? (o sea, me suspendió en francés el tipo ése)

- ¿Y no le tiraste la bronca?

-Pa'que ... Me hice el otario ... En cambio me pelé un diez macanudo ...

- ¿En qué?

- En casteyano ...

Ese sobresaliente que obtiene nuestro estudiante argentino en “casteyano” no lo puede entender ningún vallisoletano, y disculpen el mal pareado. Sea como sea, aunque estos casos son extremos, la unidad de la lengua no está libre de tendencias centrífugas y por ello hemos de favorecer el patrimonio común para evitar la disgregación.

Ya, para concluir – este verbo suscita siempre una sonrisa de alivio en los oyentes – quiero reiterar mi agradecimiento por su asistencia y por haber venido a escuchar a un orador que toma hoy la alternativa en lugar de ir al corte inglés de la calle Sorolla.

Pablo Galindo Arlés

19 de enero de 2023